

NOTAS

MARIA MOLINER, GESTORA DE UNA POLITICA BIBLIOTECARIA

Fue en 1958, poco después de llegar al cargo de Jefe de la Oficina Técnica del Centro Nacional de Lectura, equivalente al de Jefe de la Oficina de Adquisición de Libros y Cambio Internacional, que María Moliner desempeñó desde marzo de 1937 hasta septiembre (?) de 1938, cuando empecé a tomar conciencia de la personalidad y de la ejecutoria profesional de esta compañera cuya memoria honramos ahora. Mi informador sobre el tema era otro compañero singular, Federico Navarro, que también desempeñó el mismo cargo que nosotros y había colaborado con María Moliner como Jefe de la Oficina de Inspección y Propaganda, que igualmente dependió de la Sección de Bibliotecas del Consejo Central de Archivos, Bibliotecas y Tesoro Artístico.

Sin embargo, mucho antes que compañero, sucesor y aprendiz de su doctrina bibliotecaria, fui beneficiario de su labor.

Durante el curso 1937-1938, asistí a la Escuela Pública de la calle de Cirilo Amorós, 15, en Valencia, y allí me encontré, además de con unos excelentes maestros, con una magnífica biblioteca escolar, sin duda dependiente de María Moliner porque primero fue Delegada Regional de las Misiones Pedagógicas en Valencia y luego integró estas bibliotecas escolares en la Oficina de Adquisición de Libros y Cambio Internacional. Como aquellos libros no estaban de simple adorno y eran apetecibles, se leían durante las tardes de determinados días de la semana con gran afección por mi parte, pues nunca había tenido antes, ni tampoco tuve después, ocasión de disfrutar otra biblioteca escolar. Pero tardé 20 años en saber que debía a María Moliner aquellos ratos felices de lectura, el estímulo de mi afición y un concepto positivo en la biblioteca en la escuela.

Finalizada mi carrera universitaria con una clara vocación de bibliotecario ansioso por descubrir libros profesionales en los que formarme,

conocí en circunstancias verdaderamente insólitas las *instrucciones para el servicio de pequeñas bibliotecas* de María Moliner, aunque tardé en saber que eran suyas porque las publicó como anónimas. Eran propiedad de un médico, alférez de la Milicia Universitaria, a quien yo reemplacé en el cuartel y allí las leía él y allí las leí yo, pero no sirvieron de nada mis intentos por conseguir un libro tan valioso para mí, como inútil me parecía para un médico.

No olvidé el libro, que encontré luego en el Centro Nacional de Lectura y quise reeditar como primer número de la colección «Breviarios de la Biblioteca Pública Municipal», pero la autora declinó la invitación para actualizarlo, aunque le ilusionaba, porque no quería distraer sus esfuerzos de la terminación del *Diccionario de uso del español*.

Aunque la censura, la desidia y el tiempo hayan desdibujado las huellas de la obra extraordinaria que María Moliner realizó al frente de la Oficina de Adquisición de Libros y Cambio Internacional, pues nadie ha hecho mención de ello en las necrologías que he leído, pienso que tuvo tanta importancia como su labor lexicográfica, por la que ya es famosa, y que pudo tener verdadera trascendencia para la cultura española si el desarrollo de nuestra guerra civil no le hubiera puesto límites geográficos y si el desenlace de la misma no hubiera determinado acabar hasta con el recuerdo de lo que hizo.

En la copia de un informe fechado en Valencia a 22 de septiembre de 1936 y referente a la Red de Bibliotecas del Patronato de Misiones Pedagógicas en la provincia, María Moliner habla de un *Plan a desarrollar si se puede contar con los medios y el personal necesarios* y dice al respecto: «En una ocasión, a preguntas de persona destacada dentro del Frente Popular de aquí sobre qué podría hacerse para plantear en Valencia un buen servicio de bibliotecas, expuse a grandes rasgos un plan, prometiendo desarrollarlo en detalle y por escrito si se juzgaba interesante».

Así debió de juzgarse, pues, más tarde, como vocal de la Sección de Bibliotecas del Consejo Central de Archivos, Bibliotecas y Tesoro Artístico, redactó su *Proyecto de bases de un plan de organización general de bibliotecas del Estado*, primero y único en su especie, y, tal vez por eso, poco menos que desconocido, aunque se publicó dentro de la memoria *Un año de trabajo en la Sección de Bibliotecas. Marzo 1937-Abril 1938*. Barcelona, 1938, y luego independientemente en Valencia, 1939.

La esencia del plan, en palabras de la autora, que siempre serán mejores que las mías y suficientes para hacerle justicia, aunque tarde, como tenemos por costumbre, era la siguiente: «La organización coordinada de todas las bibliotecas públicas ha de tender a conseguir que no exista en todo el territorio nacional lugar, ni aún cama aislada en el campo, que no pueda disponer de libros en cantidad proporcionada a su importancia. Todavía más: como las necesidades espirituales de un individuo no guardan necesariamente relación con el número de habitantes del lugar de su residencia, y el contenido de una biblioteca no es un género uniforme tal que, a menos consumidores, baste con menos cantidad de género, sino que su parquedad limita las posibilidades de cada lector, hay que aspirar, como ideal, a una organización tal que permita que *cualquier lector, en cualquier lugar, pueda obtener cualquier libro que le interese*.

«Naturalmente, sería absurdo pretender conseguir esto, ni aun suponiendo un Estado lo suficientemente rico para hacer frente a tal dispendio, por la repetición de bibliotecas igualmente ricas en todos los lugares, cualquiera que sea la importancia de éstos. Hay que lograrlo, pues, por la COORDINACION Y RAMIFICACION DE LAS BIBLIOTECAS PUBLICAS Y LA UNIFICACION DE SERVICIOS».

Y sigue más adelante: «Por lo tanto, en una organización general de bibliotecas públicas habrá, en primer lugar, una extensa red de bibliotecas generales, y formarán apartados especiales de la organización las bibliotecas históricas, científicas, escolares, administrativas y especiales. Existiendo como nexo, entre todas ellas, un conjunto de órganos centrales y generales. En esta forma:

Organos

- I. Organos centrales y de enlace entre los distintos tipos de bibliotecas.
 - a) Sección de Bibliotecas del Consejo Central de Archivos, Bibliotecas y Tesoro Artístico u organismo que haga sus veces.
 - b) Oficina de Adquisición de Libros y Cambio Internacional.
 - c) Equipo de catalogadores.
 - d) Depósito de Libros.
 - e) Oficina del Catálogo general.
 - f) Oficina de Información bibliográfica.
 - g) Escuela Nacional de Bibliotecarios.
 - h) Oficina de Información biblioteconómica.
 - i) Biblioteca Nacional.
 - j) Oficina de Inspección y Propaganda.
 - k) Cuerpo general de Bibliotecarios.
 - l) Servicio central de Desinfección.
- II. Bibliotecas generales.
 - a) Bibliotecas provinciales con escuelas de bibliotecarios adjuntas.
 - b) Bibliotecas comarcales en las localidades más importantes de cada provincia.
 - c) Bibliotecas municipales en los ayuntamientos de más de mil habitantes, incluso en las capitales de provincia, donde podrán instalarse una o más, según su importancia, además de la provincial.
 - d) Bibliotecas rurales.
 - e) Depósitos renovables.
 - f) Corresponsales.
- III. Bibliotecas escolares.
- IV. Bibliotecas científicas.
- V. Bibliotecas históricas.
- VI. Bibliotecas administrativas.
- VII. Bibliotecas especiales.
- VIII. Bibliotecas particulares voluntariamente incorporadas a la organización mediante condiciones que se determinen.

Creo que este esquema, más avanzado que la realidad actual, es suficiente para adivinar el funcionamiento de cada uno de los órganos, en el que se extiende seguidamente la autora al desarrollar su proyecto que, por razones comprensibles, no pudo llevarse a cabo en su totalidad. Así se aclara ya en el prólogo del folleto de 1939 diciendo que: «La Sección (de Bibliotecas del Consejo Central de Archivos, Bibliotecas y Tesoro Artístico) estimó perfectamente practicable la parte relativa a bibliotecas generales, y considerando que la organización de éstas era la tarea más urgente, dejó el estudio de lo relativo a otras clases de bibliotecas para cuando las circunstancias permitan trabajar a la Sección con el total de sus miembros o con mayor número de asesoramientos, y acordó que inmediatamente se comenzase a trabajar en la creación y coordinación de las bibliotecas generales y de las escolares y de instituto...».

Una memoria publicada sobre la labor realizada por la Oficina que dirigía María Moliner desde marzo a noviembre de 1937 nos revela que ni se dio publicidad a su plan, ni se tradujo en disposiciones legales para «no encerrarse desde el principio en la rigidez de unas normas decretadas, y conservar, por el contrario, la libertad de poder acomodarse en cada caso, tanto en cuanto al ritmo con que el plan fuera implantado, como en los detalles y aún términos generales de su adaptación, a la realidad sobre la que se había de trabajar».

La memoria donde se recoge *Un año de trabajo en la Sección de Bibliotecas. Marzo 1937-Abril 1938*, amplía la información y nos revela que, durante ese tiempo, la Oficina de Adquisición de Libros y Cambio Internacional invirtió en libros 6.947.000 pesetas con las que adquirió 433.000 volúmenes. Con estos libros se reorganizaron las Bibliotecas Públicas Provinciales de Cuenca, Alicante y Guadalajara, a cargo de las cuales se colocó a José López de Toro, Carlos Huidobro Viñas y María Luisa Fernández Noguera, respectivamente. Se instaló debidamente la de Castellón y se encargó a Miguel de Santiago que fundara realmente la Provincial y Universitaria de Murcia creada sólo sobre el papel. Se crearon las Bibliotecas comarcales de Motilla del Palancar, Requena y Yecla; 1 biblioteca municipal en la provincia de Almería, 3 en la de Castellón, 3 en la de Jaén, 2 en la de Madrid, 1 en la de Tarragona, 7 en la de Teruel y 5 en la de Valencia; 6 bibliotecas rurales, 8 mixtas, 56 de Instituto, 89 escolares, 37 de colonias escolares y 2 Bibliotecas Populares en Madrid, una en Ventas y otra en Prosperidad-Guindalera, ambas bajo la dirección de Bonifacio Chamorro.

Cualquiera podrá pensar, a la vista de las medidas censoras y represoras de los vencedores de la contienda civil, que los libros adquiridos bajo la dirección y responsabilidad de María Moliner rezumaban rojo hasta por la tinta, pero he podido examinar la relación de los 300 volúmenes que componían el lote de fundación de una Biblioteca Pública Municipal en 1937 y pienso que su selección honra tanto a quien la hizo como a los políticos del momento que no interfirieron a los profesionales con las cacicadas de las recomendaciones que ahora renacen y se multiplican en las autonomías. Pásmense ustedes, en el lote estaban *El criterio* de Balmes, las *Cartas a una señora sobre temas de Derecho político* de Angel Ossorio y Gallardo y la *Vida de Santa Teresa de Jesús escrita por ella misma*, junto con la *Vida de Jesús* de Renan y *El capital* de Marx.

Como profesional de las bibliotecas, de formación marcadamente liberal y de estilo netamente democrático, María Moliner respetó a sus lectores y trabajó honestamente para ellos mientras dirigió la Oficina de Adquisición de Libros y Cambio Internacional, poniendo especial empeño en la formación de bibliotecarios rurales, a los que dedicó sus *Instrucciones para el servicio de pequeñas bibliotecas*, en cuyo prólogo se leen las siguientes palabras con las que termino por considerarlas el mejor reflejo de su preocupación y afanes:

«El bibliotecario, para poner entusiasmo en su tarea, necesita creer en estas dos cosas: en la capacidad de mejoramiento espiritual de la gente a quien va a servir, y en la eficacia de su propia misión para contribuir a ese mejoramiento.

No será buen bibliotecario el individuo que recibe invariablemente al forastero con palabras que tenemos grabadas en el cerebro, a fuerza de oírlas, los que con una misión cultural hemos visitado pueblos españoles: «Mire usted, en este pueblo son muy cerriles; usted hábleles de ir al baile, al fútbol o al cine, pero... ¡a la biblioteca!».

No, amigos bibliotecarios, no. En vuestro pueblo, la gente no es más cerril que en otros pueblos de España, ni que en otros pueblos del mundo. Probad a hablarles de cultura y veréis cómo sus ojos se abren y sus cabezas se mueven en un gesto de asentimiento, y cómo invariablemente responden: «¡Eso, eso es lo que nos hace falta: cultura!».

Ellos presienten, en efecto, que es cultura lo que necesitan, que, sin ella, no hay posibilidad de liberación efectiva, que sólo ella ha de dotarles de impulso suficiente para incorporarse a la marcha fatal del progreso humano sin riesgo de ser revolcados; sienten también que la cultura, que a ellos les está negada, es un privilegio más que confiere a ciertas gentes, sin ninguna superioridad intrínseca sobre ellos, a veces con un valor moral nulo, una superioridad efectiva en estimación de la sociedad, en posición económica, etc. Y se revuelven, contra esto que vagamente comprenden, pidiendo cultura, cultura... Pero, claro, si se les pregunta qué es concretamente lo que quieren decir con eso, no saben explicarlo. Y no saben tampoco que el camino de la cultura es áspero, sobre todo cuando, para emprenderlo, hay que romper con una tradición de abandono conservada por generaciones y generaciones.

Tú, bibliotecario, sí debes saberlo, y debes comprenderles, y disculparles, y ayudarles. No es extraño que una biblioteca, recibida con gran entusiasmo, quede al poco tiempo abandonada si se la confía a su propia suerte; no es extraño que el libro cogido con propósito de leerlo se caiga al poco rato de las manos y el lector lo abandone para ir a distraerse con la película a cuya trama su inteligencia se abandona sin esfuerzo. Todo esto ocurre; pero no ocurre sólo en tu pueblo, ni lo hacen sólo tus vecinos; ocurre en todas partes, y ahí radica precisamente tu misión: en conocer los recursos de tu biblioteca y las cualidades de tus lectores, de modo que aciertes a poner en sus manos el libro cuya lectura les absorba hasta el punto de hacerles olvidarse de acudir a otra distracción.

La segunda cosa en que necesita creer el bibliotecario es en la eficacia de su propia misión. Para valorarla, pensad tan sólo en lo que sería nuestra España si, en todas las ciudades, en todos los pueblos, en las aldeas más humildes, hombres y mujeres dedicasen los ratos no ocupados por sus

tareas vitales a leer, a asomarse al mundo material y al mundo inmenso del espíritu por esas ventanas maravillosas que son los libros. ¡Tantas son las consecuencias que se adivinan, si una tal situación llegase a ser realidad, que no es posible ni empezar a enunciarlas...!»

Así de grande era la fe de María Moliner en la profesión que la convirtió en nuestra compañera. ¡Tantas son las cosas que se adivina que podría haber hecho, si hubiese sido otro el desenlace de la contienda civil, que no es posible ni empezar a enumerarlas...!»

LUIS GARCÍA EJARQUE